

**Reproducido en [www.relats.org](http://www.relats.org)**

## **DOS ARTICULOS SOBRE GENERO**

**Raúl Zibechi**

### **1.EL LUGAR DE LA INCERTIDUMBRE**

**Publicado en Rebelión, marzo 2018**

¿Hubo en la historia de la humanidad algún grupo social que abandonara voluntariamente sus privilegios?

Quien piense o sienta que los varones no tenemos ningún privilegio respecto de las mujeres (o quien crea, por ejemplo, que los blancos no tenemos privilegios respecto de los negros) puede abandonar la lectura en este punto, porque estas líneas no están dirigidas a ellos, o ellas. Quien siga adelante, sepa que está ante un texto crítico pero, sobre todo, autocrítico.

El primer paso para cambiar algo es asumirlo. Ningún alcohólico, ningún adicto a cualquier otro tipo de droga, puede dejar la adicción si no reconoce que tiene un problema. O sea, si no siente, “en el alma y en el cuerpo”, que el consumo está produciendo un daño que sólo se puede resolver trabajando muy duro para superarlo.

Asumirse como opresor no es nada fácil. En particular para las personas que somos de izquierda, que desde tiempos muy remotos nos pronunciamos contra todo tipo de opresiones: de clase, de raza, de sexo, de generación, por convicciones religiosas o ideológicas, entre otras.

No creo, en absoluto, en ese discurso que dice que el patriarcado y el machismo nos oprimen a todos, también a los varones. No es cierto. Es apenas un discurso políticamente correcto, que es una de las peores formas de abordar estas cuestiones que no son teóricas (por lo cual no voy a apelar a intelectuales), sino afectivas, de piel, de sensibilidad. Argumentos hay para todo, y ahora aparecen los machoizquierdistas, algunos radicales, que crearon ese mediocre adjetivo de “feminazis”, que habla más de ellos que de las feministas.

Dos son las cuestiones que deberíamos reflexionar, creo, los varones. Primero, lo que nos incomoda del empoderamiento de las mujeres, los porqués de esa incomodidad que, en ocasiones, resulta desconcertante por desafiante. La segunda consiste en el papel o lugar que podemos asumir quienes nos sentimos afines al feminismo o a la emancipación de las mujeres.

### **El escupitajo en la cara.**

Muchos amigos varones dicen que no entienden la agresividad de las mujeres que se insurgen, incluso de sus amigas y compañeras, ya que la consideran “irracional”. Por ejemplo, cuando al saludarlas se descuelgan con un “Hola, linda”. “No me digas eso” es, como mínimo, la respuesta airada. El tipo, los tipos, nos quedamos perplejos. Como cuando nos reprenden por decir “negrito” a un negro, un apelativo supuestamente cariñoso pero profundamente racista.

En una ocasión discutimos largo rato con un amigo sobre las posibles razones de esa “irritabilidad” femenina. Una mujer joven que llegó hasta donde estábamos (un sindicato o un centro social), pasó por una sucesión casi interminable de

acosos: frases groseras en la calle, tocamientos de nalgas en los ómnibus, miradas soeces, y muchas otras que los varones apenas imaginamos. Por no mencionar violencias, incluso

dentro de la familia, de parte de hermanos, padres, padrastros, tíos, primos...

“Esa mujer –seguimos razonando– nos saluda y escucha ese ‘Hola, linda’, que desborda el vaso de la paciencia, precisamente porque se supone llegaba a un espacio que es solidario.” Es molesto que te manden a la mierda, que te pidan silencio o te hagan el vacío. Pero, ¿existe alguna otra actitud realmente posible?

Nunca en la historia los oprimidos se han puesto de pie luciendo gestos amables y ademanes corteses. La norma ha sido la transgresión rebelde y la bronca, que se desliza hacia la furia cuando del otro lado aparecen la intolerancia y la violencia. Se suele acusar a las feministas de extremas, de radicales o, con mucha razón, de intolerantes. ¿Por qué habrían de tolerar el acoso y la violencia?

Al lugar que pretendo llegar es al incómodo escupitajo en la cara de quienes se ponen de pie, con esos modales que no son precisamente fáciles de aceptar por quienes nos sabemos, o no, opresores. Creo además, por mi experiencia con comunidades indígenas y en favelas cariocas, que el acoso más molesto es el que proviene de nuestros “compañeros” de izquierda, porque en su discurso dicen, decimos, lo contrario.

A los varones de izquierda, que supongo serán los que lean este semanario, quisiera recordarles que, en la carta de despedida a sus hijos, el Che escribió: “y sobre todo sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario”.

El Che nunca fue feminista. Ni siquiera podría decir que era antipatriarcal o sensible a la emancipación de las mujeres. Menos aun a la defensa de gays y lesbianas. Era un hombre de su tiempo, lo que no justifica en absoluto su insensibilidad frente a ciertas opresiones. Los revolucionarios pertenecieron al

bando de los opresores. Como quien escribe estas líneas, y seguramente muchos de los que las leen.

## **Los varones antipatriarcales**

Me parece saludable que haya varones que acudan a los actos y manifestaciones del 8 de marzo, que participen en las Alertas Feministas cada vez que una mujer es asesinada por violencia de género, y así. Creo que está bien y es necesario.

Pero desconfío profundamente de los varones que se dicen feministas y antipatriarcales, aunque por cierto no es lo mismo. Porque el problema comienza precisamente en ese momento. ¿Cómo acompañar? ¿Desde qué lugar y con qué actitud?

Lo primero es dejar cualquier protagonismo, ablandar el ego. Eso nos dice que cuando participamos en esas actividades de mujeres no vamos a ocupar un lugar central, ni arriba de la tarima (ahora las mujeres tienden a rechazar las tarimaspúlpitos porque de algún modo reproducen el patriarcado). Caminar al final de la marcha, o a los lados. O quedarse en casa cuidando a nuestros hijos o los hijos de amigas, cocinando o limpiando.

La segunda cuestión es resistir la tentación de la “bajada de línea”, de saber ya cuál es el lugar que nos corresponde a los varones que no queremos reproducir la violencia machista pero tampoco el lugar del patriarca. “¿Cómo hacer para no volverse fascista incluso cuando (sobre todo cuando) uno se cree un militante revolucionario?”, escribió Michel Foucault en “Introducción a la vida no fascista”.<sup>1</sup>

Es todo un programa que hace balance, macro y micro, de un siglo de socialismo real. Es una pregunta sin respuesta, o con respuestas apenas parciales. Nos invita a ocupar el lugar del no saber, de la incertidumbre, de la crisis personal y política. Porque no se sale del lugar del macho sin atravesar una profunda crisis de identidad, dolorosa, porque nos educaron en eso.

Los varones antipatriarcales (una categoría más que dudosa) deberíamos tomar muy en cuenta la pregunta de Foucault. Primero porque no sabemos qué es eso de ser antipatriarcal. Puedo decir lo que no es (no golpearás, no acosarás, no humillarás, etcétera). Pero no puedo decir cuál es el nuevo lugar. La tentación de juzgar a los machistas es la peor, porque nos coloca como administradores de nuevos panópticos.

El lugar del no saber, el no saber qué lugar, siento que debe ser mantenido durante un tiempo más o menos prologando, el suficiente para no congelar una nueva identidad, o un nuevo lugar. Porque la incertidumbre, el caminar a tientas en la oscuridad, permite desarrollar sensibilidades y sobre todo sentidos atrofiados por décadas (siglos) de opresiones.

Un mundo pospatriarcal pasa por el empoderamiento de las mujeres. Los modos como acompañemos este proceso son inciertos. La única certeza es la necesidad de remodelar el ser varón, que pasa básicamente por dejarnos afectar, para sentirnos de otros modos. Es un arte, no una línea política, siempre imperfecta.

1. Prólogo a la edición estadounidense de *El Anti-Edipo*.  
*Capitalismo y esquizofrenia*, de Gilles Deleuze y Félix Guattari  
(1977) Un tsunami silencioso

## **2. UN TSUNAMI SILENCIOSO**

**Publicado en Brecha, abril 2017**

En Brecha, dos décadas y media después, la totalidad del Consejo de Redacción (integrado por la directora y las jefas de Política, Sociedad, Cultura y Mundo) se compone de mujeres. Ninguna de ellas frisa la tercera edad y dos se codean con la treintena. Más aun, la mayoría de la planta son ahora mujeres. ¿Cómo ha sido posible semejante cambio, generacional y de género, en un periódico que

pertenece a ese sector, político y profesional, tan reacio a los cambios?

A comienzos de la década de 1990, cuando ingresé a este semanario, la inmensa mayoría de quienes conformaban la planta y la casi totalidad de los cargos de responsabilidad eran varones adultos, asomándose a la tercera edad.

Las pocas mujeres que trabajaban en la redacción, salvo en la sección Cultura, que en todas latitudes es un mundillo aparte, se abrían paso como buenamente podían, trabajando duro para hacerse respetar y, en ocasiones, elevando la voz como acostumbamos hacer los varones.

Aquel mundo, masculino y talludo, era la norma en la mayor parte de las redacciones y en las oficinas de este país tan resistente a los cambios.

Ser de izquierda no facilitaba las cosas. En contra del sentido común, que debería colocar a esa colectividad política en un lugar destacado en las innovaciones de los modos de vivir la vida, comprobábamos día a día cómo la izquierda posdictadura se había instalado en un limbo cultural conservador, del que era difícil bajarla.

(De más está decir que el triunfo electoral y su conversión en gobierno sumaron a aquel conservadurismo una dosis no menor de altivez que, gradualmente, fue deslizándose hacia una insufrible arrogancia con la cual es ya casi imposible dialogar. Esta trasmutación del orgullo – imprescindible en cualquier proyecto de cambio social, para soportar los embates de los poderosos– en petulancia, que desdeña a quienes piensan diferente, ha pavimentado el camino al desastre de las revoluciones del siglo XX y parece estar siendo replicado en las que se proclaman del siglo XXI.)

Lo cierto es que en Brecha, dos décadas y media después, la totalidad del Consejo de Redacción (integrado por la

directora y las jefas de las cuatro secciones, Política, Sociedad, Cultura y Mundo) es de mujeres. Ninguna de ellas frisa la tercera edad y dos se codean con la treintena. Más aun, la mayoría de la planta son ahora mujeres y una porción de ellas orilla los 20 y pico.

¿Cómo ha sido posible semejante cambio, generacional y de género, en un periódico que –vale la pena insistir– pertenece a ese sector, político y profesional, tan reacio a los cambios?

Lo más interesante, y desconcertante, es que nadie se lo propuso. Se dio. Se gestaron cambios sin “dirección”, sin que mediara un propósito explícito, declarado, “programático”.

¿Será que los cambios de verdad suceden de ese modo, digamos de manera espontánea e invisible?

Imposible saberlo. Pero imprescindible registrarlos. Los cambios, cuando suceden, las raras veces que transcurren, suelen estar envueltos en un aura de misterio aunque lleguen los “surfeadores” (en general varones ilustrados) dispuestos a atribuirse el *copyright*.

Por lo pronto, sabemos que nacen en los márgenes de la vida social, en aquellos espacios donde la omnipresencia del poder tiende a diluirse porque lo que está en juego parece de poco valor material o simbólico.

Seguramente Brecha forma parte de esos márgenes, sobre todo desde 2005, cuando la utilidad política de sus denuncias cayó en picada, por razones que sería ocioso comentar.

Ya no somos tan interesantes como instrumento o herramienta. Y eso nos hace libres; además de un poco más pobres.

La segunda cuestión nos dice que los cambios profundos son silenciosos. Sólo se perciben cuando ya se plasmaron en realidades sin vuelta atrás. La mayoría los visualiza como un tsunami arrasador (asustador a veces).

La *“revolución sensible”* a la que se refirió la periodista argentina Marta Dillon al presentar el Paro Internacional de Mujeres es justamente eso, una revolución, un cambio radical en la vida de millones de mujeres (jóvenes) en todo el mundo

¿Cuándo sucedió? Imposible poner fechas. Es un largo proceso de más de un siglo, sin fecha de comienzo y, horror, sin final previsible.

¿Dónde comenzó? En el interior de cada una y en los lugares más recónditos, como las cocinas, las camas... los sueños y los deseos, ingobernables siempre.

Si algo hemos aprendido es que los cambios más profundos, las revoluciones en la vida cotidiana son reacias a conductores o caudillos, pero sobre todo son imprevisibles.

Sí sabemos que son los ejemplares jóvenes de la especie, y sobre todo las jóvenes, quienes los ponen en marcha, porque en ellas y ellos anida la creatividad, la capacidad de inventar, de mover el mundo moviéndose en el mundo.

Los biólogos Alberto Maturana y Francisco Varela, especializados en la comprensión de las bases biológicas del conocer y la conciencia, sostienen basados en su trabajo de campo y estudios de caso que los cambios en la conducta de los seres vivos nacen entre los jóvenes, mientras *“los viejos eran siempre los más lentos en adquirir la nueva forma conductual”*, como aseguran en el interesante ensayo *“El árbol del conocimiento”*.<sup>1</sup>



Hay quienes aún creen que profesiones como el periodismo están siendo “invadidas” por mujeres y jóvenes porque se han desvalorizado, y prueba de ello serían los bajos salarios que se pagan en el medio. Puede ser un argumento válido. Pero es también el tipo de razones que esgrimen los que miran con recelo las novedades que no fueron acuñadas por ellos, y les rechinan –desde tiempos memoriales– las creaciones de las mujeres y los jóvenes.

Quizá porque cada creación es una alteración en la estabilidad y en las rutinas, modos de vida preciados por la tercera edad aunque, en no pocas ocasiones, esos valores se desbordan hacia todas las generaciones.

No soy de los que sienten que ser joven o ser mujer es un pasaporte a un mundo mejor. Estoy seguro, empero, que adorar la madurez y la vejez es sinónimo de pereza y cansancio de vida, con la infantil excusa de la experiencia.

Los viejos, ciertamente, tenemos un papel a jugar, pero no como protagonistas.

Los pueblos indios de las Américas instauraron hace siglos los consejos de ancianos, a los que las comunidades consultan cuando lo creen conveniente, pero entre sus tareas no figura dirigir ni tener poder en la vida cotidiana. Funcionan como una suerte de retaguardia ética, sabiendo que la energía del hacer la llevan otras generaciones.

Deberíamos sentirnos felices y agradecidos de formar parte de estos cambios, de esa “revolución sensible” que busca algo mucho más urgente y necesario que hacerse con el poder: transformarnos creando y crear transformando. En un mundo que se cae a pedazos entre muros y fanatismos nacionalistas, es una de las escasas oportunidades que tenemos de seguir produciendo vida.

1. En Las bases biológicas del conocimiento humano.  
Debate, 1990, pág 169.